

## Armonías cristianas en el siglo de las utopías: erasmismo en el Nuevo Mundo

Vanina María Teglia

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

### Resumen

En este trabajo, nos proponemos analizar diferentes propuestas utópicas del siglo XVI: la del suizo Erasmo de Rotterdam y la del cronista del Nuevo Mundo Gonzalo Fernández de Oviedo. Ambos autores proponen distintas formas de la armonía para los reinos cristianos. El filósofo procura que, a través de la educación del príncipe, se llegue a un estado de paz; el cronista de Indias, en cambio, más que la búsqueda de paz, propone modos de “pacificación”, aquellos que él considera “más pacíficos”. Ambos afirman que, en parte, la paz solo se alcanza mediante las acciones de hombres prudentes y experimentados: más aún, por la “paciencia de los mártires” como Cristo, agrega Erasmo. Pero, como resultado de la paz, ¿qué es lo que imaginan estos autores?, ¿cuál sería para ellos el final utópico ideado en sus escritos? Para esto, se analizarán la *Institutio principis christiani* de Erasmo y la *Historia General y Natural de las Indias* de Fernández de Oviedo. Se intentará, finalmente, poner a prueba la hipótesis de que, con fines similares –el imperio universal cristiano–, ambos autores, el de escritura latina y el de escritura española, confían en medios diferentes.

En el día de ayer en este Congreso de Letras, en una mesa sobre literatura europea y política –que trató sobre William Shakespeare, Julian Barnes, William Blake y Coluccio Salutati–, se concluyó que todo discurso acerca de la paz indefectiblemente implica violencia. Se referían tanto a la imposición de un orden, a la violencia que ciertos sistemas sociales precisan como recurso apelable en última instancia y a la necesidad de una violencia nunca real pero siempre presente y amenazante, entre otras. Un análisis de *The Tempest*, por ejemplo, obliga a pensar que toda utopía necesita de valores distópicos. El personaje de Caliban expresa este fracaso a Próspero, duque de Milán, de esta manera:

Esta isla es mía; la heredé de mi madre, Sycorax, y tú quieres robármela. A poco de llegar aquí (...), me enseñaste el nombre de la luz mayor y el de la menor que adornan el día y la noche. Entonces yo te amaba y fui yo quien te enseñó toda la isla (...) Soy tu único vasallo donde antes fui rey. Aquí me has reducido en esta dura roca y aquí me vas robando lo que queda de mi isla. (Shakespeare, 1997:149)

La isla de Próspero refleja la imposición del artificio sobre la naturaleza, es la utopía desencantada. El duque ha enseñado los nombres del universo a Caliban, mientras este le ha abierto las puertas concretas de la naturaleza insular de la que Próspero se adueñará creyéndose con derecho.

Así, este trabajo intentará ser una reflexión sobre las relaciones entre la paz y la violencia en un momento similar al representado por Shakespeare. Compararemos dos autores cuyas obras fueron escritas casi cien años antes de las desengañadas reflexiones de *The Tempest*: Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista español en Indias, y Erasmo de Rotterdam, filósofo muy influyente en la descubridora y conquistadora España de principios del siglo XVI. El cronista, ciertamente, tenía en su biblioteca, entre muchos otros libros, algunos coloquios del filósofo, también la obra *Lengua* de este autor y la *Institutio principis christiani* en latín.<sup>1</sup>

1 Basándose en la lectura de la *Historia General y Natural de las Indias* y en la primera *Quincuagena* de Fernández de Oviedo, Daymond Turner realiza un amplio catálogo de los

Ambos confiaban aún en los alcances de la utopía, porque creían y anhelaban la posibilidad real de la paz. Ambos escritores propusieron modelos de convivencia de los reinos cristianos o cristianizados. Supusieron el poder supremo e indiscutible del emperador Carlos V quien, por “el bien de todos” y el desarrollo de los hechos según los designios de la Providencia Divina, buscó la paz para los pueblos, valor utópico por excelencia. Así, tanto Oviedo como Erasmo rechazaban la guerra y la consideraban una manifestación diabólica desde todo punto de vista. Sus modelos de gobernantes apelarían a todas las instancias posibles para no recurrir a ella. El modelo, finalmente, era siempre el de Cristo; la *Philosophia Christi* regía los valores y los desvalores: la ambición, la codicia, la necedad y el egoísmo.

Pero no son todas similitudes entre los deseos del cronista y los del filósofo. Mientras Erasmo reflexiona acerca de la paz y la convivencia armónica de los reinos cristianos de Europa; el cronista piensa esta posibilidad entre los españoles auténticamente cristianos y los reinos indígenas del Nuevo Mundo susceptibles de ser convertidos al cristianismo. La paz, en Oviedo, muchas veces es entendida como resultado de la “pacificación”, en el sentido de imponer la paz a pueblos enfrentados o rebeldes. Por esto, el término derivado de “paz” muchas veces adquirirá, en la *Historia General y Natural de las Indias*, matices cercanos a los de “conquista” y “sometimiento”.

Para comparar los modelos implicados en las obras de Erasmo y de Fernández de Oviedo, se analizará el episodio de la rebelión del cacique Don Enrique que pertenece al Libro V de la Primera Parte. Este cacique era indio de la isla Española, bautizado cristiano, sabía leer y escribir la lengua castellana. Fue criado y adoctrinado por frailes franciscanos y había mostrado desde un principio que sería católico y perseveraría en la fe de Cristo. Mientras servía al almirante don Diego Colón, fue apresado injustamente por Pedro de Vadillo, juez de poca prudencia, cuando fue a denunciar a un cristiano del que sentía celos o del que supo que “tenía que hacer con su mujer”. Por esto, cuando el cacique fue soltado, se determinó en rebelión y alzamiento. En el año de 1519, se fue con todos los indios que pudo recoger, a los que luego se le juntaron algunos negros “de los cuales hay tantos en la isla”; su guerra duró más de trece años y costó mucho dinero. Vadillo, con el tiempo, pagó su culpa con un naufragio en el río Guadalquivir en el que muchos se ahogaron y se perdieron muchas riquezas: “porque Dios tiene cargo de punir e castigar lo que los jueces del suelo disimulan y no castigan”. Visto lo sucedido con don Enrique, la Cesárea Majestad decidió que, antes de usar el remedio de la guerra, se tentara la paz y para esto necesitaría enviar a un hombre de prudencia y reconocida virtud que requiriera al cacique. Se llamó entonces a Francisco de Barrionuevo, vecino de la ciudad de Santo Domingo, para que desafiara a Enrique, hombre apercibido y de guerra. Para encontrarlo, el capitán español decidió valientemente atravesar el monte o sabana con un pequeño grupo de hombres, a los que tuvo que exhortar como animoso caballero: “no será bien que se conozca temor en ninguno de vosotros, pues que sois hidalgos e personas experimentadas en mayores peligros” (L. V, c. VI; PT: t I, 1959:129). Tardó el cacique en permitir que éstos se le acercaran, por temor o recelo que quisieran engañarlo o prenderlo. Pero el capitán le mandó decir que mirase que no había razón para que temiese, pues veía cómo él había llegado allí con aquellos pocos cristianos que con él estaban. E así, en cuanto se vieron, fue el uno para el otro e se abrazaron con mucho placer, e asidos de las manos, se fueron a sentar sobre una manta de algodón tendida debajo de un árbol grande de buena sombra. Y así Barrionuevo requirió al cacique en la manera siguiente (L. V, c. VII; PT: t. I, 1959:130-131): “Enrique (...) acordaos que hace trece años o más que no dormís seguro ni sin sobresalto e congoja e temor grande (...) Si amáredes vuestra vida e la de los vuestros, amaréis el real servicio e la paz que os ofrece Su Majestad, libraréis vuestra ánima e las de muchos”. Respondió Enrique así: “Yo no deseaba otra cosa que la paz (...) si hasta agora no he venido en ello, ha seído la causa de las

---

libros que pudo haber leído el cronista de Indias. Véase “Los libros del Alcaide: la biblioteca de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés” (Turner 1971).

burlas que me han hecho los cristianos, e de la poca verdad que me han guardado (...). Y con esto se dio conclusión a la paz y, como muestra de su cariño y fidelidad al emperador, el cacique prometió atrapar a los negros que andaban alzados.

Todo esto se encuentra relatado en los capítulos IV a VIII del Libro V. De los trece años que estos españoles e indios estuvieron en guerra, Oviedo se detiene solo en la pacificación final y en el rechazo, más bien, de la guerra. Se podría afirmar incluso que todos los enfrentamientos y agravios se resuelven narrativamente en una imagen con las características de un *locus amoenus*. Casi como si se tratara de un episodio de conciliación amorosa y pastoril, Enrique y Barrionuevo se abrazan y se dirigen hacia el paraje ameno: pacíficos o “pacificados”, sobre una manta cómoda en medio de la naturaleza representada por el gran árbol que les brinda el clima deleitable. Faltaría nada más el río o arroyo a los pies del árbol: en su lugar, una ensenada o laguna que era necesario cruzar para llegar hasta el refugio de Enrique y sus indios aportaba el elemento hídrico. Pero, frente a la descripción de esta conciliación entre indios y españoles considerada gloriosa, poco se dice acerca de los trece años de enfrentamientos. Para esta misma época de la primera mitad del siglo XVI, Juan Luis Vives, gran erasmista español, aconsejaba en su *Retórica*: “[en la Historia] las guerras debieran narrarse como los latrocinios: brevemente, con desnudez y sin ningún elogio añadido, sino, más bien, con rechazo” (Vives 1998:239). Oviedo, siguiendo esta preceptiva del momento, destinará poca extensión al relato de hechos bélicos. Se detendrá, en cambio, más aún en “los hombres de honra” como Barrionuevo<sup>2</sup>. Esto significa que su relato buscará “aportar” a los lectores los modelos de mayor prudencia y buenas costumbres posibles. Por esto, el último capítulo del episodio, en su totalidad, es la reflexión moral sobre lo acontecido entre Barrionuevo y Enrique, reflexión que intenta ser más “educativa” de lo que sería una descripción de ejércitos y batallas, “cosas que sería mejor no conocer”.<sup>3</sup> Es decir, la verdad de la Historia, para el pensamiento y formación de Oviedo, se relaciona con la interpretación moral de los hechos y esta, con la exposición de los hombres que son modelos de conquistadores y gobernadores. Sin esta consideración final, parecería, no habría un relato acabado y, menos aún, provechoso.

Contrariamente a la modalidad de la guerra, ambos autores proponen distintas formas de la armonía para los reinos cristianos. El filósofo procura que, a través de la educación del príncipe, se llegue a un estado de paz; el cronista, en cambio, más que la búsqueda de paz, propone modos de “pacificación” sobre los reinos de Indias, aquellos que él considera más “pacíficos”. Ambos afirman que, en parte, la paz solo se alcanza mediante las acciones de hombres prudentes y experimentados: más aún, a través de la “paciencia de los mártires” como Cristo, agrega Erasmo. Como resultado de la paz, ¿qué es lo que imaginan estos autores?, ¿cuál sería para ellos un final utópico ideado en sus escritos? Erasmo, tanto en la *Institutio* como en la *Querela*, expresa su anhelo de una relación pacífica entre los reinos cristianos<sup>4</sup>. Tal como están estos, los príncipes cristianos deberán procurar el florecimiento y prosperidad de los pueblos y ciudades que gobiernan, limitarse a ejercer su poder sobre ellos y no ambicionar la expansión. Cuando evoca a Platón para analizar las guerras internas que se dan entre los pueblos cristianos, se refiere a *seditio* y no a “guerra”. “Sedición” es, más bien, un alzamiento colectivo y violento contra la autoridad, el orden público o la disciplina militar, sin llegar a la gravedad de la rebelión. Erasmo concibe que un enfrentamiento entre reinos de la cristiandad no puede llamarse “guerra”, porque ellos son parte del reino universal de Cristo. No reconoce fronteras entre los reinos, aunque estas todavía fuesen medievales o renacentistas.

2 “si se callase la forma de cómo pasó, también se callaría el servicio que algunos hombres de honra en ello hicieron” (L. IV, c. IV; PT: t I, 1959:98)

3 Así: “Quédame de decir dos cosas que se dirán en el siguiente capítulo: la una, en honor e gratificación deste caballero: Francisco de Barrionuevo (para cumplir con mi oficio de fiel escritor, continuando la verdad de la historia); y la otra, en lo que toca a don Enrique.” (L. V, c. VII; PT: t I, 1959:133).

4 Va a insistir, tanto en la *Querela* como en la *Lingua*, en que, por ejemplo, la existencia de las diferentes lenguas entre las naciones ha sumado más discordias. Su ideal responde a deseos utópicos de convivencia e igualdad.

Como lo percibió Marcel Bataillon: Erasmo concebía una sociedad universal de los espíritus y se elevaba con fruición al ideal mesiánico de una cristiandad unificada y triunfante.<sup>5</sup> Este era el “reino” del cual se sentía parte el filósofo. De fondo, percibimos el deseo de desaparición de las diferencias sociales entre los distintos reinos o ciudades cristianas. Si no se puede alcanzar inmediatamente este ideal, Erasmo aconseja a Carlos V que al menos halla una cuota importante de tolerancia entre éstos. La “paz” de la *Institutio* y, en resumidas cuentas, también de la *Querela*, consiste en el rechazo de la corrupción y la codicia, y, en cambio, la procuración del bien común.

Observemos ahora las similitudes entre esta “paz” y el ideal de armonía de Fernández de Oviedo. El siguiente fragmento pertenece al capítulo de reflexión “moral” que cierra el episodio:

Principalmente porque este cacique [Don Enrique] y los demás que con él andaban, e sus mujeres e hijos, se salvaron e murieron conociendo a Dios, seyendo cristianos bautizados (como lo eran algunos dellos), e los otros se bautizasen e no peresciesen todos ellos como infieles, permitió Dios Nuestro Señor, e Su Majestad, que se hiciese con este cacique don Enrique, con toda equidad y sin más rompimiento ni sangre, la misericordiosa paz que he dicho. El cual a la sazón **tenía hasta ochenta o ciento hombres de pelea, e con las mujeres e muchachos e niños eran más de trescientas ánimas las que se trujeron a esta reconciliación e amistad a la unión e república de nuestra religión cristiana**, con los que más se aumentaron desta gente. E más de otras trescientas personas destos indios de don Enrique murieron sin bautismo en el tiempo que su rebelión se continuó. (L. V, c. VIII; PT: t. I, 1959:135. El resaltado es nuestro)

Existe el deseo de una república cristiana, pero en este caso centralizada en el poder del emperador. Respondiendo a la concepción providencialista de la Historia, la paz es resultado del deseo divino que encamina los hechos para que finalicen en la salvación por el bautismo de los indios de Enrique. Oviedo valora la reconciliación, la amistad y la unión conseguidas con la gente de este cacique; podríamos decir que su ideal de armonía consiste en la anexión de los reinos indígenas, en su conversión y en el “aumento” del imperio cristiano. Pero, a diferencia de Erasmo, para Oviedo la paz cristiana no rechaza la guerra si fuera necesaria para el crecimiento del número de fieles y servidores del imperio. Recordemos la acción de Barrionuevo con la que pacifica a los indios de Enrique: requiere a este la paz en nombre de Dios y del emperador. El español, prudente, de buen ánimo y experimentado, es el que detenta la verdad de Dios y del emperador y por eso puede hablar en nombre de ellos; no importa que Don Enrique también sea bautizado cristiano y evidencie un claro catolicismo. Como dijimos antes, no es necesario “más rompimiento de sangre”; pero, si Enrique no hubiese aceptado la paz, se habría apelado a ella. Hay rechazo de la guerra, pero se la piensa como necesaria.<sup>6</sup> Por otra parte, valora que se hayan ganado “hombres de pelea” con estos indios que sostuvieron una guerra de trece años con los españoles. La “pacificación” es entendida como *pax romana* en tanto que la guerra puede darse fin también con las armas. Erasmo solo admite la guerra defensiva contra el turco, pero aún prefiere que se lo traiga a la fe cristiana por medio del ejemplo siguiendo el modelo de Cristo. Es decir, no hay en el filósofo el deseo imperialista de expansión por medio de la toma de posesión de los pueblos, las tierras o las riquezas. Mientras que sí lo hay en Fernández de Oviedo.

5 Véase el final del capítulo “Primeros encuentros de Erasmo con España” (Bataillon, 1950).

6 El relato de las batallas es corto y las reflexiones sobre la guerra demuestran rechazo. En otros capítulos de la HGNI, Oviedo insiste en relatar los hechos españoles de pacificación: “El Adelantado dió con tanta furia e ímpetu, animosamente, en los enemigos, por dos partes, que los desbarató. Y como los indios eran gente salvaje e desarmada, e no diestra en la guerra respecto de los cristianos, mataron muchos dellos, e los demás fueron presos, puesto que muchos escaparon por la escuridad de la noche. Pero fué preso el mismo rey Guarionex con otros catorce reyes o caciques, los más principales que en esta batalla se hallaron, la cual fué cerca de donde es fundada la villa del Bonaio. Fue aquesta victoria tan señalada cosa y de tanto favor para los cristianos, que demás de aumentarse su crédito y esfuerzo en la reputación e memoria de los indios, dió causa a que cesaran en sus ruindades e rebeliones, e comenzaron a ser más domésticos e a se comunicar más con los cristianos, e a desechar los pensamientos de la guerra”. (L. III, c. II; PT: t. I, 1959:57. El destacado es nuestro)

En el cronista, se evidencian los esfuerzos por que los hechos narrados en su *Historia* traten sobre conciliaciones entre europeos e indios, o sobre el deseo de éstos de ser gobernados. El imperio, en sí, produjo una cantidad enorme de textos burocráticos –disposiciones legales, ordenanzas, reglamentos, encuestas, etc.– que contenían y encauzaban las acciones de los conquistadores hacia la incorporación, al imperio, de reinos autónomos de las Indias. De esta manera, “pacificación” es parte de los sentidos propios del imperio cristiano. La corona, en una actitud defensiva frente a la opinión pública universal, en el año 1573, decidirá incluso reemplazar oficialmente el término “conquista” por el de “pacificación” para designar el avance español en Indias (Elliot 1991:18). Ahora bien, tanto el discurso de Carlos V como el de muchos conquistadores –las Cartas de Relación de Cortés, por caso-, cuando se referían a “pacificación”, autorizaban implícitamente la conquista en los hechos<sup>7</sup>. Así debemos entender los distintos alcances del término en la *Historia General y Natural de las Indias* de Fernández de Oviedo.

Su idea de pacificación es, en cierta medida, contraria a la paz de los humanistas porque encubre en algunos aspectos la posibilidad de la modalidad de conquista sobre los indígenas. Esta era, para los humanistas cristianos del siglo XVI, también una forma de guerra como comprueba Karl Kohut (2008: 63). Oviedo la rechaza pero implícitamente la acepta. Esta característica de su *Historia*, de ser una interpretación de la conquista como crónica de hechos que finalizan en la paz y en imágenes de la armonía utópica deseada por la Europa del siglo XVI y por los propios humanistas, vertebró gran parte de su obra. Así se trate de verdadera paz cristiana, conquista o pacificación, la obra de Oviedo describe una de las varias facetas de lo que fue la utopía posible en el Nuevo Mundo.

## Bibliografía

- Baczko, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Bataillon, Gilles; Bienvenu, Gilles y Velasco Gómez, Ambrosio (coords.). 2008. *Las teorías de la guerra justa en el siglo XVI y sus expresiones contemporáneas*. México, UNAM.
- Bataillon, Marcel. 1950. *Erasmus y España*. México, FCE.
- Colón, Cristóbal. 2006. *Diario de Cristóbal Colón*. Transcripción y edición facsimilar, edición y notas de Jesús Varela y José Manuel Fradejas. Valladolid, Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal con el Ayuntamiento de Valladolid.
- Colón, Fernando. 1948. *Vida del Almirante*. México, FCE.
- Dante, Alighieri. 1996. *Divina comedia*. Martínez de Merlo, Luis (trad.). Madrid, Cátedra.
- Elliot, John H. 1991. “La conquista española y las colonias de América” en Leslie Bethell (ed.). *Historia de América Latina I: América Latina Colonial*. Barcelona, Crítica.
- Erasmus de Rotterdam. 1932. *El Enquiridion o manual del caballero cristiano*. Alonso, Dámaso (trad.). Madrid, Aguirre.
- 1956. *Querrela de la paz en Obras Escogidas*. Riber, Lorenzo (ed.). Madrid, Aguilar.
- 2006. *Elogio de la locura*. Buenos Aires, Colihue Clásica.
- 2007. *Educación del príncipe cristiano*. Jiménez Guijarro, Pedro (est. prelim.). Jiménez Guijarro, Pedro y Martín, Ana (trads.). Madrid, Tecnos (Grupo Anaya S.A.). col. Clásicos del Pensamiento.

7 El mismo Requerimiento finaliza, con sinceridad, con la siguiente sentencia: “Si no lo hiciéredes [reconocer el poder de la Iglesia, del Papa y del rey], o en ello dilación maliciosamente pusiereis, certifico que, con la ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré la guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y Sus Altezas, y tomaré vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré dellos como Su Alteza mandare, y vos tomaré vuestros bienes, y vos haré todos los males y daños que pudiere, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor, y le resisten y contradicen, y protesto que las muertes y daños que dello se recrecieren sean a vuestra culpa y no de Su Alteza ni mía ni de estos caballeros que conmigo vinieren, y de cómo lo digo y requiero pido al presente escribano que me lo de por testimonio y sinado, y a los presentes ruego que dello sean testigos”.

- Fernández de Oviedo, Gonzalo. 1959. *Historia General y Natural de las Indias*. ed. de Juan Pérez de Tudela. Atlas. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles.
- Gerbi, Antonello. 1978. *La naturaleza de las Indias*. México, FCE.
- Guenée, Bernard. 1985. *Occidente durante los siglos XVI y XV: los Estados*. Barcelona, Labor.
- Kohut, Karl. 2008. "Guerra, guerra justa y conquista en el pensamiento de los humanistas y escolásticos españoles" en Ambrosio Velasco Gómez (coord.). *Significación política y cultural del humanismo iberoamericano en la época colonial*. México, UNAM y Plaza y Valdés.
- Lerner, Isaías. 1993. "La visión humanística de América: Gonzalo Fernández de Oviedo". *III Congreso Argentino de Hispanistas. España en América y América en España*. Actas I. Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas I, pp. 183-207.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1943. "La idea imperial de Carlos V" en *La idea imperial de Carlos V*. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Moro, Tomás. 2006. *Utopía*. Galimidi, José Luis (ed.). Buenos Aires, Colihue Clásica.
- Oviedo, Rocío. 2009. "La anécdota en la crónica de Indias". Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Shakespeare, William. 1997. *La Tempestad*. ed. bilingüe del Instituto Shakespeare dirigida por Manuel Ángel Conejero. Madrid, Cátedra.
- Turner, Daymond. 1971. "Los libros del Alcaide: La biblioteca de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", *Revista de Indias*. 125-6, pp. 140-198.
- Vives, Juan Luis. 1998. *El arte Retórica. De ratione dicendi*. ed. bilingüe. Barcelona, Anthropos.
- Zumthor, Paul. 1994. *La medida del mundo*. Madrid, Cátedra.

## CV

VANINA TEGLILA ES LICENCIADA Y PROFESORA EN LETRAS, UBA. BECARIA DEL CONICET, CON SEDE DE TRABAJO EN EL INSTITUTO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA, UBA. SUS PRINCIPALES PUBLICACIONES SON: "TRADICIONES E IMPERIO EN LA HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO". *ESPACIOS NUEVA SERIE*. RÍO GALLEGOS: UNPA, 2011; "ECOS, ESPEJISMOS Y ANALOGÍAS EN LA HISTORIA DE LAS INDIAS DE BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: UN ANÁLISIS DE SU COHERENCIA NARRATIVA". *BIBLIOGRAPHICA AMERICANA* N° 5. BUENOS AIRES: BIBLIOTECA NACIONAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, 2009; "DEL PARAÍSO A LA UTOPIA. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS EN EL DIARIO DE COLÓN." EN JITRIK, NOÉ (COORD.). *EL DESPLIEGUE. DE PASADOS Y DE FUTUROS EN LA LITERATURA LATIIONAMERICANA*. BUENOS AIRES, 2008.